

ACOGER AL DIVERSO, NINGUNO EXCLUIDO: FORMAR EN LA INTERCULTURALIDAD EN UNA COMUNIDAD MULTICULTURAL

por Rinaldo Paganelli

Gracias por haberme invitado a tratar un tema de extrema actualidad, portador de cambios positivos. En mi intervención trataré de focalizar tres aspectos: una lectura de cuanto está sucediendo, las posibilidades para la vida religiosa, las consecuencias para una auténtica acogida.

I. DENTRO DE UN MUNDO GLOBALIZADO

Cabe afirmar que el evento más clamoroso de los últimos veinte años es el fenómeno conocido como “globalización”. Las distancias se han abatido drásticamente. Pueblos y lugares están conectados entre ellos más fácilmente. Vivir en el mundo ahora es como vivir en una aldea. La globalización puede, pues, definirse como la contracción del tiempo y del espacio, que ha provocado una creciente interdependencia entre los pueblos de diversas naciones y culturas. Ha traído consigo un proceso congénito de exclusión que ensancha la brecha entre ricos y pobres. Se la critica por su enfoque, que consiente a los actuales poderes imponer un sistema económico, una ideología política, una visión filosófica, un modelo cultural de valores y una mentalidad “religiosa” común o uniforme.

La migración internacional es otra expresión de la globalización que confiere a este fenómeno una importancia particular. Como consecuencia de este hecho, hoy las sociedades son cada vez más multiculturales. Se ha acelerado en nuestras ciudades el ritmo de la urbanización. Esto ha llevado al nacimiento de mega-ciudades en continua expansión, que se convierten en centros de multiculturalidad y supermercados de creencias plurales y de valores divergentes. La urbanización, además, trasplanta las formas más profundas de pobreza de las zonas rurales a las urbanas. Se calcula que hoy, en los países en vías de desarrollo, uno de cada tres habitantes urbanos vive en el chabolismo de las ciudades; lo cual equivale a casi mil millones de personas o una sexta parte de la población mundial.¹

¹ Cfr. Unión de Superiores Generales, *Inside Globalization: Toward a Multi-centered and Intercultural Communion*, Editorial “Il Cálamo”, Roma 2000, pp. 10-21. Más de la mitad de la población mundial vive en ciudades, en áreas urbanas en continua expansión, que muy frecuentemente constiuyen megalópolis de decenas de millones de habitantes, como Tokio, Shangai y Ciudad de México. Pero esta proporción, ya de suyo impresionante, podría crecer ulteriormente en favor de las metrópolis y en detrimento de las áreas rurales, con más de seis mil millones de personas que serán “urbanos” en 2045 según el último *World urbanization prospects*, el documento del Departamento Económico y Asuntos sociales de las Naciones Unidas sobre la urbanización. En los años de 1990 había solo diez megalópolis en el mundo. Hoy son 28, de ellas 16 en Asia, 4 en América del Sur, 3 en

I.1 Las crisis en la vida religiosa

Junto con los elementos sociales apenas recordados, hay que señalar que la globalización ha marcado el persistir de la crisis en la vida religiosa. Son dos los indicios principales de esta crisis: la disminución de los miembros en las congregaciones religiosas, y la percepción de una ausencia de significación.

La falta de nuevas vocaciones ha traído el envejecimiento de las provincias en Europa Occidental y en Norteamérica, ha provocado una disminución de vitalidad y de creatividad. Se ha concretizado el miedo de asumir riesgos y de emprender nuevas iniciativas. Se ha infiltrado la desafección.

La carencia de vocaciones es una indicación, entre otras, de que la vida religiosa ya no se la percibe como una opción de vida significativa. Muchos jóvenes de hoy están comprometidos en causas nobles, como la promoción de la paz y de la justicia en el mundo, la defensa de los derechos humanos, la eliminación de la pobreza y la salvaguardia de la integridad de la creación. Numerosos se dan al voluntariado. Otros se unen a diversos movimientos laicales. Todo esto parece sugerir que los jóvenes de hoy ya no perciben la vida religiosa como una elección importante para expresar en ella los propios ideales y generosidad.

Debe además tenerse presente que la forma socio-cultural de la religión actual ha brotado en el contexto de una sociedad prevalentemente agraria. Este tipo de sociedad en práctica ha desaparecido experimentando una radical transformación. La realidad actual es en gran parte no solo post-agraria, sino incluso post-industrial e post-moderna.

I.2 El surgir de una Iglesia mundial

Estos fenómenos de transformación no se han dado sin dejar huellas en la Iglesia. El concilio Vaticano II percibió a la Iglesia como una realidad mundial, aun siendo sólo un comienzo, con un episcopado que actuaba en sintonía con el Sumo Pontífice. Los Sínodos continentales significaron un reconocimiento de la diversidad de las situaciones y de las culturas que forman parte de la Iglesia universal. Fueron una confirmación de que la atención a la variedad de las situaciones y de las culturas es importante para determinar el modelo y la forma de la vida y de la misión de la Iglesia en los continentes.² Efectivamente llegó el mensaje de que ya no es posible impartir simplemente directrices desde el centro, sino que es necesario tener en cuenta la situación concreta de las Iglesias locales. Todo ello se ha impuesto también en la vida de las congregaciones religiosas.

El concilio Vaticano II, experiencia inicial de una Iglesia mundial, consignó la realización de la Iglesia a un escenario ampliado y dejó perspectivas de renovación en este sentido. Hoy el reto está en una «Iglesia mundial no simplemente en cuanto se extiende por doquier, sino de una Iglesia que tiene en cuenta al mundo en su conjunto e interacciona con él».³

La idea misma de “catolicidad” resulta redefinida: *Lumen gentium* 13 y 17 muestran la superación de una visión meramente geográfico-extensiva de esta propiedad eclesial. Se determina una apertura universal, el rasgo escatológico, según una unidad en la pluralidad, constitutiva de la Iglesia en todos los ámbitos, como plenitud y totalidad mediante el intercambio

Africa, 3 en Europa e 2 en América del Norte. La más grande sigue siendo Tokio, capital de Japón, con casi 38 millones de habitantes, seguida de Yakarta, en Indonesia, con casi 30 millones y Nueva Delhi (India) con 24 millones. Suerte inversa tocará a las áreas rurales. Hoy son tres mil cuatrocientos millones las personas que viven en la campiña, pero en 2050 no serán más de tres mil millones concentradas casi todas (90 por ciento) en Asia y África.

² Cfr. J. Allen, *The Future Church*, Kindle Edition 2009, pp. 17-21.

³ R. Schreiter, *La teología postmoderna e oltre in una chiesa mondiale*, en R. Gibellini (ed.), *Prospettive teologiche per il XXI secolo*, Queriniana, Brescia 2003, p. 388.

y la comunicación. La nota de la catolicidad se aplica tanto a la Iglesia universal, cuanto a Iglesia local: para esta última la primera forma de ejercicio de la catolicidad le viene del permanecer en la dinámica del mutuo dar y recibir.⁴ La “Iglesia mundial” que germina en el Concilio y que los documentos entregan como herencia y desafío a la recepción post-conciliar es, pues, no la “Iglesia universal según el espíritu tridentino”, sino la Iglesia “*communio ecclesiarum*”, una en la pluralidad de relación de las Iglesias locales en comunión con Roma, viva en el proceso nunca concluido de inculturación de la fe cristiana.

I.3 Fraternidad contemplativa

Los cambios culturales han inducido a pasar de la vida común a la comunión de vida según el Evangelio y como expresión misional. Se genera comunión de vida con estructuras sencillas, comprensibles y accesibles a todos, en las que el punto de arranque es la acogida del hermano, con sus dones, cualidades, posibilidades y también como sorpresa de Dios. Se han formado comunidades más libres, porque el Espíritu es creador y aguarda siempre una respuesta nueva. Se han abandonado o están dejándose atrás estructuras pesadas, [pasando a otras más livianas] que pueden ser la sola razón de vida, pues no están adheridas a una tierra determinada, sintiéndose vinculadas más al hombre que a un territorio limitado. Se ha pensado en comunidades cuyas estructuras están a servicio de los valores, y pasan a ser progresivamente signos de vida, de transparencia más que de eficiencia, y sobre todo son significativas para nuestro mundo. Cuando una comunidad es serenamente libre, por estar enraizada en la confianza en Dios y en los demás, se convierte en liberadora y pacificadora incluso para quienes se le acercan desde afuera. Libera fácilmente todas las capacidades y los aptitudes de cuya riqueza goza cada hermano y cada persona, para ponerlas a servicio de los demás. Todo ello facilita un clima de familia, de colaboración, más que de competición, contraposición o envidia.

I.4 Comunidades en éxodo

Este tipo de comunidades manifiestan que la vida religiosa debe caracterizarse por un constante éxodo, un ir al encuentro del otro. La vida religiosa se concibe como una espiritualidad del encuentro más que de las expectativas.

Otra “novedad” en este tiempo, son los intentos de poner en primer plano la atención a cada persona, y no a las estructuras, sean estas pastorales, de sobrevivencia o de otro género. Punto irrenunciable de referencia es la misión, que se constituye como comunidad en torno a un proyecto compartido, de modo que no tiene valor esta o aquella cultura sino que cada uno se siente empujado al anuncio del Evangelio. El ministerio de la vocación consiste precisamente en ayudar a purificar, profundizar, explicitar y construir las razones de la llamada.

Los valores evangélicos son recibidos, entendidos y vividos de modo diverso en cada una de las culturas. Es por ello importante que cada cual tenga presente y clara la propia identidad cultural, y a la vez esté abierto para comprender y acoger las modalidades de entender y vivir los mismos valores en otras culturas.

I.5 Desorden en las Órdenes religiosos

En las congregaciones religiosas ha comenzado a desarrollarse la intuición de que no hay un solo modo de ser religiosos y que el carisma del fundador puede presentar diversas expresiones en las culturas de los diversos pueblos. Como el Evangelio, el carisma originario de

⁴ Sobre la propiedad de la catolicidad, cfr. W. Beinert, *La cattolicità come proprietà della chiesa*, en H.M. Legrand – J. Manzanares – A. García y García (Edd.), *Chiese locali e cattolicità*, EDB, Bolonia 1994, pp. 467-501.

la congregación no solo puede enriquecer, sino que también puede ser enriquecido por las culturas en las que se encarna. Esto lleva a una situación en que a la congregación religiosa ya no se la considera compuesta por miembros de diversas nacionalidades que aprenden todos el mismo estilo de vida, modelado sobre la cultura dominante, sino por miembros de diversas nacionalidades que comparten la riqueza de sus diferencias culturales. La multiculturalidad de los miembros plantea inevitablemente la cuestión de la diversa comprensión de los elementos de la vida religiosa, como la oración, la comunidad, el uso del dinero y los votos.

Ejemplificando, podemos decir que Europa ya no es la fuente única de un modelo formativo y de misión, porque los misioneros del sur van también como misioneros a Iberoamérica, Asia y África. Hoy hablamos no solo de una misión “del sur al norte”, sino también de una misión “del sur al sur”, a diferencia del pasado cuando la misión era fundamentalmente un fenómeno “del norte al sur”. Los mismos influjos culturales circulan y se mezclan.

2. OPORTUNIDADES PARA LA VIDA RELIGIOSA

La situación del mundo y de la Iglesia de hoy brinda muchas oportunidades para la vida religiosa. Entre otras muchas, señalamos algunas: la interculturalidad de los miembros, el frescor de los recién llegados, el descubrimiento de la escucha, la evolución de las personas.

2.1 Interculturalidad de los miembros

Numerosas congregaciones religiosas han descubierto en su composición el valor de la internacionalidad. El ideal no es la sola “internacionalidad”, sino la “interculturalidad”. Abrimos aquí un paréntesis sobre este tema. El modelo monocultural, del que provenimos, ha intentado definir una cultura que caracteriza todo el contexto. La “cultura-guía” ha exigido que las minorías se asimilaran. El ideal inherente a este modelo era la homogeneidad y la coherencia interna, tanto dentro del propio grupo étnico-cultural como en el contexto más amplio. La diversidad cultural se veía como una amenaza a la estabilidad. Impulsos provenientes de otras culturas, que podrían servir para la evaluación crítica o a un ulterior desarrollo de la propia identidad, por lo general no estaban admitidos.

Resulta siempre más claro que el significado de los términos “intercultural” e “internacional” es diverso respecto a unos años atrás. Cada persona está marcada por la cultura que respira en la familia y en los grupos humanos con los que entra en relación, en itinerarios educativos y los más diversos influjos ambientales, mediante la propia relación fundamental con el territorio donde vive. La cultura es el modo según el cual un grupo de personas vive, piensa, se percibe, y se organiza, celebra y comparte la vida. De todos modos es incontrovertible que ninguna expresión cultural agota la experiencia humana; ninguna cultura es autónoma y autosuficiente. Solo con la humilde concienciación de los límites de cada cultura puede esperarse llegar a una auténtica interculturalidad que va más allá de la hegemonía de la mayoría o de religiosos que viven bajo el mismo techo.⁵

⁵ Encuentro del Santo Padre Francisco con las participantes en la XXI asamblea plenaria de la Unión Internacional de las Superiores generales (UISG) 10 de mayo de 2019, www.vatican.va: «En cuanto a la vida fraterna en comunidad, me preocupa también que haya Institutos en los que la multiculturalidad y la internacionalización no se consideran como una riqueza, sino como una amenaza, viviéndolas como conflicto en vez de vivirlas como nuevas posibilidades que muestran el verdadero rostro de la Iglesia y de la vida religiosa y consagrada. Pido a las responsables de los Institutos abrirse a lo nuevo, propio del Espíritu, que sopla donde quiere y como quiere (cfr. Jn 3, 8) y preparar las generaciones de otras culturas a asumir responsabilidades. Vivid, hermanas, la internacionalización de vuestros Institutos como buena nueva. Vivid el cambio de rostro de vuestras comunidades con gozo, y no como un mal necesario para la conservación. La internacionalidad y la interculturalidad no retroceden».

2.2 Espacio de frescor

La llegada de gente nueva trae a casa una renovada frescura y potencialidad nunca antes conocidas. Es un trasiego precioso también para el alma. A la comunidad no vienen solo emigrantes en busca de un espacio para vivir, llegan también una sabiduría diferente y una diferente imagen de Dios. Cuando se desplaza una persona no se mueve solo una cultura, cuando los pueblos emigran no cambian solo sus modos de vivir, cambia también Dios. Y el Dios más hermoso es un Dios itinerante, un Dios que camina. Acoger, pues, quiere decir auscultar la vida, sea cual sea su lenguaje. La acogida nos requiere abrir los ojos a modos de ser que no son los nuestros, florecidos bajo otros soles, bañados por aguas diversas, pero que son otras tantas refracciones del único Ser en quien se hunden las raíces de todo hombre. Para dar fuerza a este concepto asumo una imagen eficaz de Etty Hillesum: *«Me siento como un pequeño campo de batalla en el que se combaten los problemas de nuestro tiempo. La única cosa posible es ofrecerse humildemente como campo de batalla. Esos problemas deben encontrar hospitalidad en alguna parte, hallar un lugar donde puedan combatir y aplacarse»*.

Toda la vida a nuestro alrededor nos habla de diversidad, de variedad. No hay vida sin diversidad, sin contraste. Doquier nos movamos, la vida necesita diversidad. Así fue también, según la Biblia, cuando Dios, para crear la vida, separó las aguas de arriba de las de abajo, la tierra del mar... Mientras todo era Uno no había sitio para la vida, no había lugar para el hombre. Y a los hombres Dios nos ha confiado la tarea de llevar adelante la obra de la creación; pero en vez de salvaguardar la diversidad tenemos la tendencia a reprimirla todo en uno. Hubo un momento en que *«toda la tierra hablaba una misma lengua con las mismas palabras»* (Gén 11,1); los hombres detuvieron su camino y construyeron una torre, símbolo de fuerza y de potencia. Una prisión e inmovilidad de la que Dios nos libró con el don de la diversidad de las lenguas. El problema de las diversidades se parecen mucho a los contrastes más que a la armonía. E, inevitablemente, los contrastes tratamos siempre de superarlos.

Pero vino el día de Pentecostés: los apóstoles por las calles de Jerusalén no hablaban una única lengua que todos podían comprender: hablaban la propia lengua, y los representantes de los pueblos de toda la tierra les entendían “cada uno en su lengua nativa” (He 2,8). Se da, pues, una alternativa a la uniformidad o a los contrastes: si se habla la propia lengua, los otros pueden entender en la suya. Es importante hablar la propia lengua: ser uno mismo, no la mera copia de los demás. La diversidad, podríamos decir, no nos pide ser mejores, o cambiar, sino ser nosotros mismos. Por eso Dios en la torre de Babel nos hizo el don de las lenguas diversas, de la diversidad: para aprender a ser nosotros mismos, para volver a serlo.⁶

2.3 La fuerza de la escucha

La interculturalidad, pues, no es solo o principalmente la percepción y descripción de la pluralidad, sino ante todo la voluntad y capacidad de interacción entre personas e instituciones de las más variadas culturas. La interculturalidad se vive en la actuación de una positiva realización de nuevos espacios comunes de vida, de sistemas de valores, de mundos de fe, de distintas espiritualidades. La visión de acogida implica un aprecio lo más grande posible de las divergencias culturales-religiosas, y a la vez de una unidad que no elimina o margina las divergencias sino que pone de relieve precisamente su dignidad y valor.

El punto de partida para una auténtica relación intercultural está en el conocimiento profundo de la propia cultura, reconociendo sus valores y sus límites. Después toca trabajar detenidamente para entender a los otros, intuir el significado de sus símbolos, aprender a res-

⁶ *Ibidem*: «Me preocupan los conflictos generacionales, cuando los jóvenes no son capaces de llevar a cabo los sueños de los ancianos para hacerlos fructificar, y los ancianos no saben acoger la profecía de los jóvenes (cfr. Joel 3, 1). ¡Cuánto me gusta repetir: los jóvenes corren mucho, pero los ancianos conocen el camino! En una comunidad son necesarias tanto la sensatez de los ancianos como la inspiración y la fuerza de los jóvenes».

petar su sistema de valores, y participar inteligentemente en sus celebraciones. El ir más allá de los límites de la propia cultura empieza con la disponibilidad a escuchar al otro. Esta escucha requiere tiempo y esfuerzo. Además es preciso suspender los juicios y estar dispuestos a correr el riesgo de acercarse al otro. Mientras la prudencia indica la capacidad del buen juicio en valorar la propia cultura y la de los otros, la sensatez permite sopesar los valores de la propia cultura al trasluz de la cultura de los otros y asumir el impacto que tiene la expresión cultural de la propia cultura.⁷

2.4 La evolución de las personas

La interculturalidad se concreta en acceder a una visión más profunda del actual mundo plural y en continua evolución, y de las personas que lo habitan. Independientemente de lengua, cultura y religión, es necesario mirar en sintonía con la “contemplación cristiana a ojos abiertos”.

Esta es la “misión” fundamental de la vida consagrada, una misión que no consiste ante todo en la eficiencia caritativa, en el compromiso por el desarrollo, sino en la capacidad de crear espacios de encuentro donde poder experimentar la presencia de Dios hoy.

A veces se opta intencionalmente por la internacionalidad como estímulo para la creación de una fraternidad en la que poder experimentar la auténtica interculturalidad y hacerla sujeto inmediato de evangelización. El medio más eficaz para promover la mutualidad cultural es el arte del diálogo. Este, de suyo, no es orgulloso; “propone”, no impone; nunca es ofensivo en el trato, sino siempre caritativo y respetuoso.

Hay una comunidad intercultural allí donde cada miembro se siente de veras “en casa”, no solo un huésped, por muy privilegiado que sea. Lo que parece indispensable en todo esto es la presencia de personas que, en la comunidad, hacen de puente entre miembros de diversas culturas, que tienen familiaridad con varias lenguas y han vivido un buen tiempo en otra cultura. Tales comunidades sirven como base para los esfuerzos de evangelización, pues demuestran ya dónde intenta llegar el mensaje evangélico: a la creación de un mundo nuevo.

3. EL CAMBIO EN LA FORMACIÓN

Las perspectivas que maduran requieren visitar de modo nuevo el tema de la formación. Esta es la llave que abre la puerta a una vida y misión significativa. Sin una formación adecuada a las exigencias de hoy, el riesgo de repetirse, de pararse y de perder el sentido de cuanto se es y se hace, es más que una simple hipótesis de trabajo.

3.1 La formación necesaria

La formación es, ya de suyo, una misión delicada y difícil, pues no se trata solo de preparación profesional, sino de coherencia, autenticidad y equilibrio. Cuando uno se dedica a integrar personas de diferentes culturas para que se conozcan a sí mismas, la voluntad de Dios sobre ellas y sobre la Congregación, acompañándolas en este camino con el fin de construir una comunidad internacional que viva en comunión, es necesario echar las cuentas con las culturas y al mismo tiempo con las transformaciones culturales.

Si el cristianismo, y el seguimiento de Cristo no se conmensuran con el ambiente vital de cada uno, si no dejan marcas, corren el riesgo de reducirse a meras manifestaciones exteriores, que tal vez, en el mejor de los casos, se aceptan, se toleran, pero, poniéndose en lo peor, pueden provocar desviaciones de la personalidad.

⁷ Cfr. H. Chang – C. Aurilia, *Educarsi all'interculturalità in che senso e come nella comunità religiosa*, en González-Silva, *Vita consagrada e multiculturalità*, Ancora, Milán 2000.

La acogida requiere una formación a la reciprocidad, consistente esencialmente en el respeto y valoración de las diferencias. Es un camino largo y profundo, que implica no solo la dimensión espiritual sino también la humana. Habiendo llegado a ser internacionales, los institutos deben ofrecer los elementos esenciales para desarrollar nuevos procesos formativos. En esto están involucradas específicamente las nuevas generaciones en formación.

3.2 Acoger es autotrascenderse

La disponibilidad a acoger al otro es parte integrante del proceso del propio crecimiento, en un contexto de grupo compuesto por personas que comparten el mismo ideal motivador de convivencia. Tal actitud de apertura al otro asume un carácter vocacional y proyectivo. Es así como cada uno se involucra en el cambio de sí a través del conocimiento y la integración de los valores del otro, en un contexto relacional en que cada miembro del grupo está llamado a redefinirse o a construirse en la propia identidad específica.

Solo en la medida en que se logra vivir esta autotrascendencia de la existencia humana, uno es auténticamente hombre y genuinamente él mismo. En el careo recíproco las personas tienen una doble tarea concerniente al otro y a la propia identidad:

- sostener un firme sentido de las tradiciones culturales originarias;
- incorporar valores y normas comportamentales de la cultura de mayoría, en cantidad suficiente para que los miembros del grupo puedan sentirse y comportarse como los miembros de tal cultura.

La característica distintiva de la integración es por tanto sentirse biculturales. La diversidad cultural y la coexistencia con otros de culturas diversas puede mantenerse si las personas están disponibles al riesgo de exponerse y abrirse respecto al mundo circunstante. Por eso, las diferencias entre personas pertenecientes a culturas diversas no tienen que ser eliminadas o ignoradas, sino acogidas con profundo respeto, pues ahí empieza el verdadero diálogo.⁸

3.3 Algunas convicciones previas

La formación a la acogida supone una comunidad que se sienta en misión, no una comunidad cerrada en sí misma. Se trata de una mediación importante, especialmente para los cohermanos menos jóvenes, y arguye ciertas atenciones en la tarea formativa.

- *La teología de la formación ha superado el modelo de "imitación", para apropiarse del modelo de "seguimiento", y está forjándose el modelo de "identificación" con los sentimientos de Cristo. Ello entraña, tanto en la permanente como en la inicial, una formación a la vez profundamente humana y evangélicamente exigente.*⁹
- *La crisis de identidad que ha influido en la vida religiosa exige fundarla en un modelo de relación más que en uno de contraposición de las identidades fuertes, como sucedía hasta hace no tanto tiempo. Es un cometido muy necesario, urgente y también arduo, porque no resulta fácil mantenerse fieles a la propia identidad y, al mismo tiempo, abrirse a la integración con los demás.*
- *La vida fraterna en comunidad es un elemento irrenunciable. Los modos de vivirla cambian según el carisma. Pueden ser secundarios los modelos sociológicos de comunidad religiosa, las formas de organización y los ritmos comunitarios, pero lo esencial queda: una vida fraterna en comunidad que muestra al mundo en qué consiste el amor cristiano; una vida fraterna en comunidad que llega a ser una verdadera familia*

⁸ Cfr. G. Crea, *Vivere la comunione nelle comunità multietniche. Tracce di psicologia transculturale*, EDB, Bolonia 2009, pp. 148-166.

⁹ Cfr. A. Cencini, *Formazione permanente: ci crediamo davvero?*, EDB, Bolonia 2011, pp.21-26.

unida en Cristo, donde cada uno manifiesta al otro las propias necesidades y donde todos los miembros pueden alcanzar la plena madurez humana, cristiana y religiosa. Para muchos contemporáneos nuestros ello constituye la primera forma de evangelización.

- *La vida ordinaria es una de las primeras mediaciones como escuela de formación.* La cotidianidad, la vida de los días de semana y la normalidad son el verdadero secreto de la formación y lo que la hace permanente.¹⁰ En este sentido son muy importantes las comunidades internacionales o multiculturales en las que uno se ve obligado a confrontarse diariamente.
- En la formación ha de prestarse particular atención a la comunicación. A pesar de los muchos medios de comunicación disponibles hoy para los religiosos, se tiene la sensación de que está muy deteriorada la comunicación interpersonal. Hay cada vez más interconectados y menos personas que comunican, se habla abundantemente de comunidad y sin embargo se está cada vez más solos. Esto puede llevar a trágicas consecuencias con respecto a la vocación.¹¹
- Gracias a la interdependencia y a la colaboración, el grupo desaparece para transformarse en familia, constituida por personas heterogéneas y por riqueza de roles. Familia en la que se desarrollan reglas comunes de conducta y se establece una forma satisfactoria de liderazgo.

3.4 Las expectativas ideales

No son un elemento insignificante las expectativas ideales que originan dimensiones relacionales y estructurales empobrecedoras. Por lo que conozco y siento, me parece que no faltan expresiones del tipo: “finalmente nuevas vocaciones”. La espera de recambio en los roles suena, además, como una especie de desafío: “ahora les toca a ellos, veremos cómo se las arreglan”; y no menos disgustosas son las pretensiones de uniformidad en la conducta: “siempre hemos hecho así, ¿qué piensan renovar estos?”. Por último señalo, respecto a una cierta formación, la instancia a deber soportar sin lamentarse: “un buen religioso no conoce nostalgias”. Intentando ser concretos, cabe decir que todas estas situaciones pueden pillar impreparada también a una persona consagrada. Es asimismo verdad que la necesidad de experimentar algo diverso y auténtico emerge con fuerza precisamente cuando las dificultades son más fuertes. Para adaptarse en una nueva comunidad multicultural no basta la buena voluntad, ni tanto menos el celo institucional: se necesita hacer un camino de coinvolucración progresiva, tanto por parte de la persona que se inserta, como por parte de los otros del grupo. Justamente del encuentro recíproco entre personas pertenecientes a culturas diversas se obtiene el resultado de que cada uno puede descubrir el sentido de estar vinculado a la misma familia religiosa en base a los objetivos compartidos. Tal perspectiva común se constituye en un fuerte elemento de cohesión grupal, y también en una oportunidad de sereno diálogo, necesario para releer las diferencias culturales en términos de mutuo enriquecimiento.¹²

En el contexto específico de las comunidades multiculturales, el sostén de la convivencia multicultural no puede quedar reducido a tentativas de adaptación acomodaticia o a episó-

¹⁰ Cfr. A. Cencini, *Guardare al futuro. Perché ha ancora senso consacrarsi a Dio*, Paoline, Milán 2011, p. 96.

¹¹ Cfr. Th. M. Newamb, *The acquaintance process*, New York 1961.

¹² Nos da base el principio indicado por el Papa: «*El todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas. [...] Una persona que conserva su peculiaridad personal y no esconde su identidad, cuando integra cordialmente una comunidad, no se anula sino que recibe siempre nuevos estímulos para su propio desarrollo. [...] El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad... Es la conjunción de los pueblos que, en el orden universal, conservan su propia peculiaridad; es la totalidad de las personas en una sociedad que busca un bien común que verdaderamente incorpora a todos*» (*Evangelii gaudium*, 235-236).

dicos esfuerzos de soportación recíproca, sino que ha de ser un continuo trabajo de maduración interpersonal en el que la atención dialógica a las diversas oportunidades contextuales puede constituir una ocasión propicia para abrirse a nuevas estrategias de aprecio y de valoración recíproca.

Reforzar esta identidad común mediante el redescubrimiento de las identidades valorativas de cada uno quiere decir aceptar el progresivo camino de maduración, en el que las diferencias dan paso a significados nuevos en cuanto reconocidos e integrados en el proyecto de comunión del grupo.

3.5 Significados comunes y diferencias culturales

En cada situación el hombre está llamado a un diverso comportamiento. He probado a pedir a algún cohermano cuál es el sentido de su vida religiosa.

He cosechado esto:

- El objetivo de mi vida como religioso es estar siempre más cercano a Dios, servirle en mis hermanos y hermanas cada día.
- Hacer el bien a la gente, no por la gloria de sí mismos, sino por los demás. Quisiera ser recordado haciendo algo por los otros.
- El sentido de mi vida es ante todo sentirme amado por Dios, y tratar de responder con amor a cuanto encuentre en mi camino.

Estas respuestas indican en los sujetos la necesidad de dar un significado a las dificultades de adaptación cultural que han afrontado. Cuando las personas son conscientes de la motivación de su vocación, saben dar respuestas de sentido a las diversas situaciones, incluso ante condiciones difíciles de adaptación cultural. Cada situación entraña en sí un significado. Podríamos añadir que también cada cultura lleva dentro de sí un significado: toca a cada cual buscarlo y encontrarlo, pues es único e irreplicable, inserido en cada condición tanto de éxito como de fracaso. En una comunidad multicultural esta búsqueda de significado se concreta en el encuentro con quien es culturalmente diverso, porque juntos es posible relevar los elementos de valor que permiten proceder hacia los objetivos de sentido de la vida de consagración.

Ser persona significa ser absolutamente diverso de cualquier otro hombre, pues cada uno tiene características únicas que le permiten entablar relación con los otros y descubrir en el trato recíproco los valores que acomunan a todos en fuerza del mismo ideal de vida.

El significado universal del factor relacional se evidencia aún más cuando se trata de personas que viven en grupos religiosos animados por una misma finalidad vocacional, como en el caso de las comunidades multiculturales, en las que el trato recíproco se entiende como una tarea a realizar trámite relaciones significativas, con las cuales se atestigua el sentido de la comunión entre los pueblos, las razas, las culturas.

En el contexto del diálogo intercultural la relación interpersonal tiene una valencia especial, ante todo porque las diversas culturas se diferencian en el modo de concebir precisamente la relación.

3.6 Nuevas potencialidades en la apertura a las culturas

La acogida del otro lleva a considerar con atención las diversidades culturales. Esta atención a la identidad cultural tiene un doble significado:

- Por una parte sirve para individuar y reforzar los confines de la propia identidad, sustanciando en el propio modo de ser el cometido específico de cada uno.
- Por otra, ayuda al individuo a relacionarse en el nuevo ambiente, sin miedo a desorientarse.

En efecto, a medida que el individuo se orienta en el nuevo ambiente, se hace disponible a modificar el propio sistema cultural, sin bloquearse con actitudes de desconfianza defensiva. Este careo con la nueva cultura le lleva a redescubrir la propia, a evaluarla y valorarla, adquiriendo así mayor seguridad en las propias tradiciones, lo cual le ayuda a confrontarse con el otro sin temer perder la propia identidad.

La realización de sí pasa a través de la apertura sincera al otro. Cuando la persona se abre a la diversidad del hermano, quiere decir que se hace disponible al careo y al diálogo, lo cual induce a una continua renovación interior y relacional, a un continuo paso de yo al “nosotros”.

Cuando un religioso entra a ser parte de una comunidad multicultural, percibe como importante el influjo del grupo hospedador en el trabajo de adaptación cultural. Es probable que una actitud abierta a las diversidades del otro y una mayor disponibilidad a dar apoyo ayude a las personas a pasar de una fase de marginación a otra de mayor confianza.

Cuando la persona emigra de una cultura a otra debe afrontar el riesgo de entrar en contacto con costumbres y tradiciones extrañas para ella. En semejante impacto necesita con frecuencia una mejor capacidad de comunicación y un más vasto conocimiento del ambiente. Si esto no se da, puede advertir cierto sentido de desorientación e incomodidad, que será más fuerte si el choque se vive de manera traumática o se banalizan superficialmente las incomodidades. Todo ello se repercute en las relaciones interpersonales. A menudo, en el nuevo ambiente le faltarán puntos concretos de referencia.

Un cohermano mío africano decía: *«Cuando me reintegro en la comunidad tengo la impresión de abandonar Africa para entrar en Europa. Son muchos los factores que concurren a darme esta impresión: se habla otra lengua en vez de la local, se escucha la radio extranjera, se decora la casa con imágenes venidas de Europa, se critica fácilmente a los gobernantes del país, se hace referencia a criterios occidentales para juzgarlo todo, se come a la europea, se es poco hospitalarios con los africanos»*. A este punto, el impacto con todas estas novedades puede causar un verdadero trauma cultural, hasta llegar a constituir una condición de vacío interior o pérdida de sentido.

¿Y qué decir del factor lingüístico? Es un problema constantemente abierto, porque ciertos matices llevan a dar significados completamente diversos, y los malentendidos están a la orden del día.

Con la creación de comunidades internacionales, compuestas por miembros de diversas naciones, raza, lengua, cultura y extracción social, que viven conjuntamente un proyecto de vida y de misión, las congregaciones están proponiendo el signo profético, anticipador de una humanidad reconciliada y unificada en una sola familia.

Es un cometido entusiasmante pero enorme, que en otros tiempo, al comienzo de la cristianidad, requirió siglos de oración, de reflexión, de tentativas, sin que faltasen ciertas desviaciones. Hoy el cristianismo será comprensible y aceptado solo a través de la mediación de los modelos culturales de las personas a las que se dirige su anuncio.

A MODO DE CONCLUSIÓN. NECESIDAD DE ADECUARSE

Esta tarea se hace más difícil y delicada cuando se trata de inocular en lo profundo del corazón de las personas el mensaje salvífico del Evangelio, y las modalidades radicales con las que lo han interpretado y realizado históricamente los institutos de vida consagrada. Las congregaciones no están adecuadamente preparadas para afrontar tal situación. Se han sentido desterradas de sus certezas, de sus tradiciones humanas y espirituales, de cuanto siempre se consideraba esencial. Frente a las nuevas situaciones, están llamadas a rever, recalibrar y reafirmar el carisma específico, e incluso la modalidad misma de la radicalidad

evangélica. Ello está obligando a los institutos a considerar que el Evangelio y la vida consagrada pueden ser expresados, vividos y planificados de modos diversos, aun conservando celosamente los valores originarios. Al mismo tiempo, han ido acostumbrándose al respeto, la estima y la valoración de las diferencias culturales, con la escucha, la comprensión, el diálogo constructivo, mediante la apropiación de lo esencial.

Las comunidades religiosas internacionales son un signo profético para esta humanidad que, si por un lado va hacia una cultura más globalizada, por otro sigue mostrando barruntos de racismo y de intolerancia cultural y religiosa. Somos conscientes de que debemos formarnos en esta nueva mentalidad, vigilando siempre para que en momentos críticos no afloren prejuicios y precomprensiones. Es preciso responder a este momento del Espíritu, teniendo presente que es el Señor quien conduce la pequeña historia de la congregación.

¿Estamos seguros de que sea más importante llegar a ser nosotros mismos y no algo mejor? Es un problema antiguo, también Adán y Eva lo pensaron y decidieron no ser ellos mismos, sino devenir algo mejor. Desde entonces nunca hemos cesado de comer el fruto prohibido y de enrumbar caminos equivocados. Pero Dios nos quiere demasiado y mantendrá unas diversidades que continuarán doliéndonos hasta que no aprendamos a ser nosotros mismos, a reconocer nuestras necesidades, nuestros deseos y las de quienes viven a nuestro alrededor.